

N.º 9. Páginas Extraordinarias de El Día Gráfico. 23 Mayo. 1926.



Arco de Bará (Tarragona)

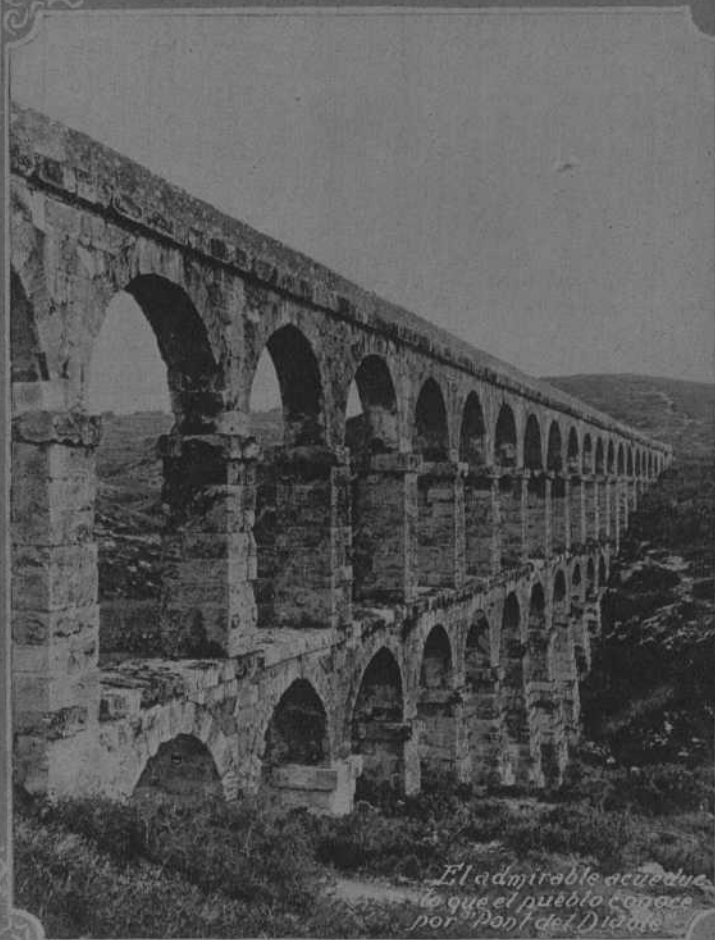
La Tarragona Romana



*Torre del Arceobispo
construcción romana
con basamento ibérico*



*Puerta del Fong
donde estaban los
edificios judiciales
y mercantiles*



*El admirable acueducto
lo que el pueblo conoce
por "Pont del Diable"*



*La torre llamada de
los Serrones, monu-
mento funerario*

La Cartuja de Montealegre.



El Cementerio.



El más anciano de los cartujos.



Distribución de la comida.



El claustro pequeño.

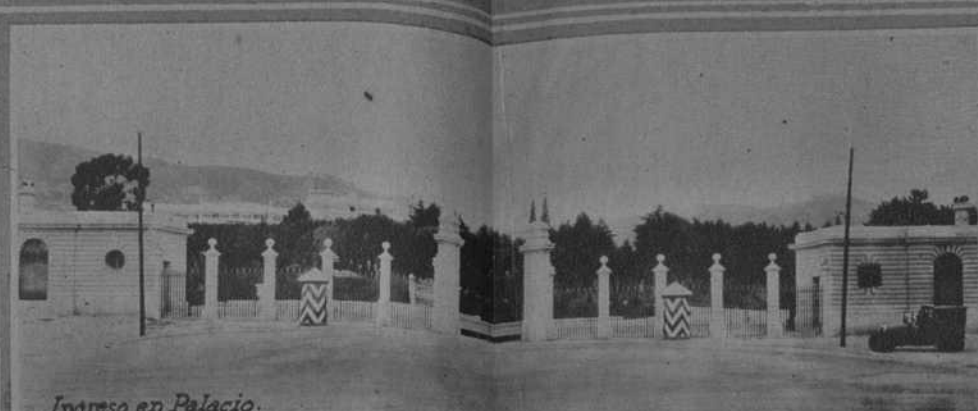
En un pequeño valle, junto a Tiana, y en la falda de la Conteria, está la Cartuja de Montealegre. Lugar romántico donde los cartujos, alejados del mundo, viven su vida de meditación y de rezo.

(Fots. Casañas y Cano).

El Palacio Real de Pedralbes



Entrada principal



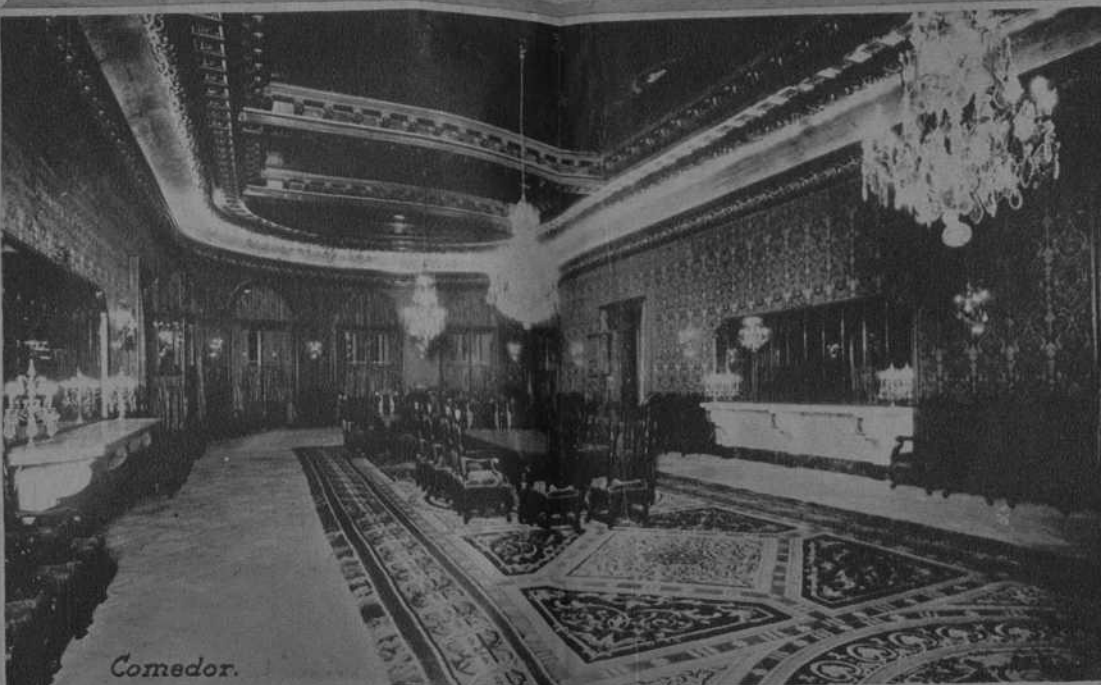
Ingreso en Palacio



Escalera de confianza



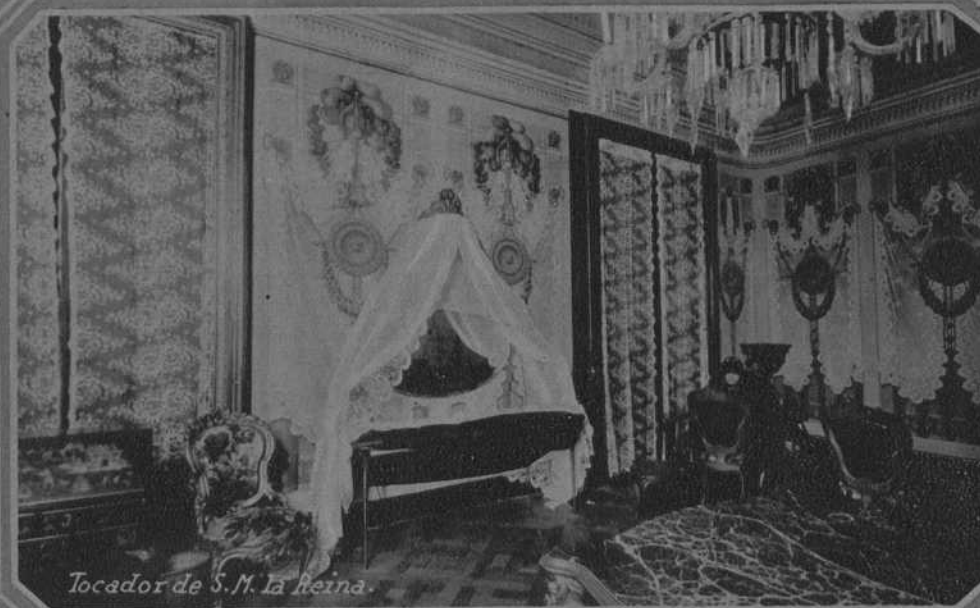
Galeria de entrada al Salón del Trono



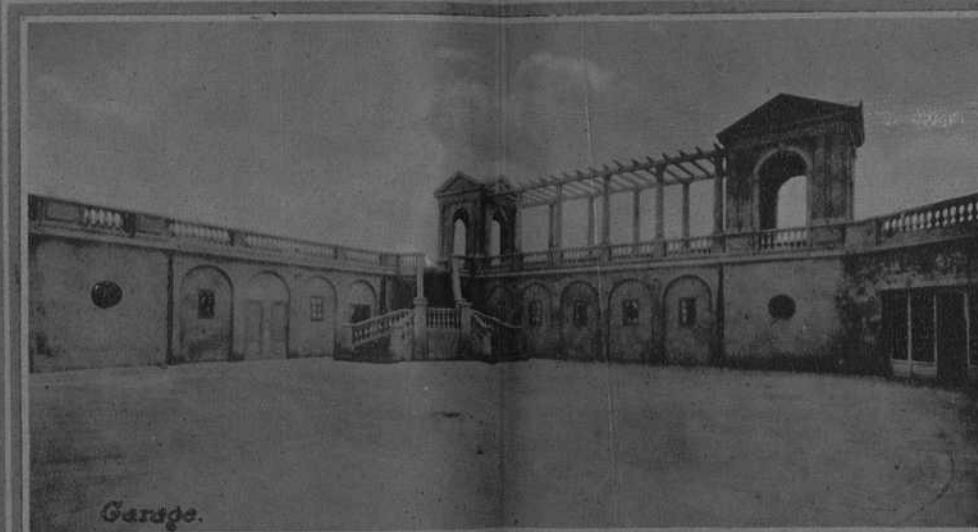
Comedor



El cuarto de baño de S. M. el Rey



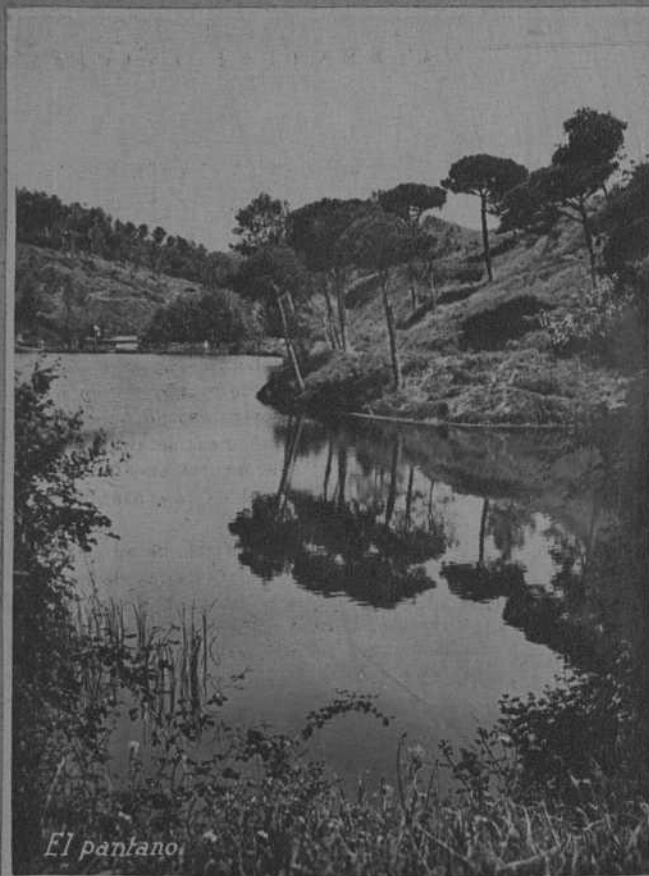
Tocador de S. M. la reina



Garaje



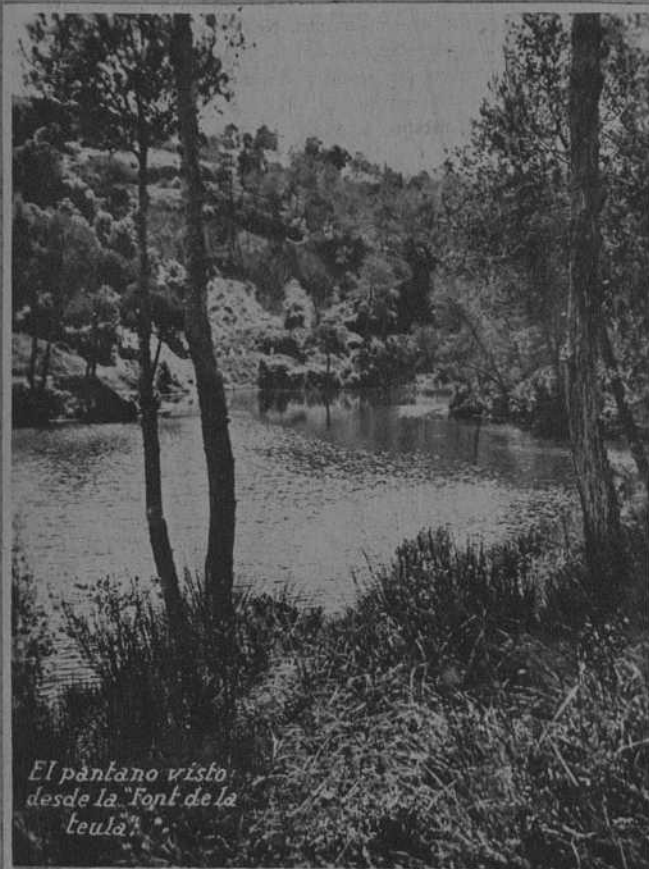
Biblioteca



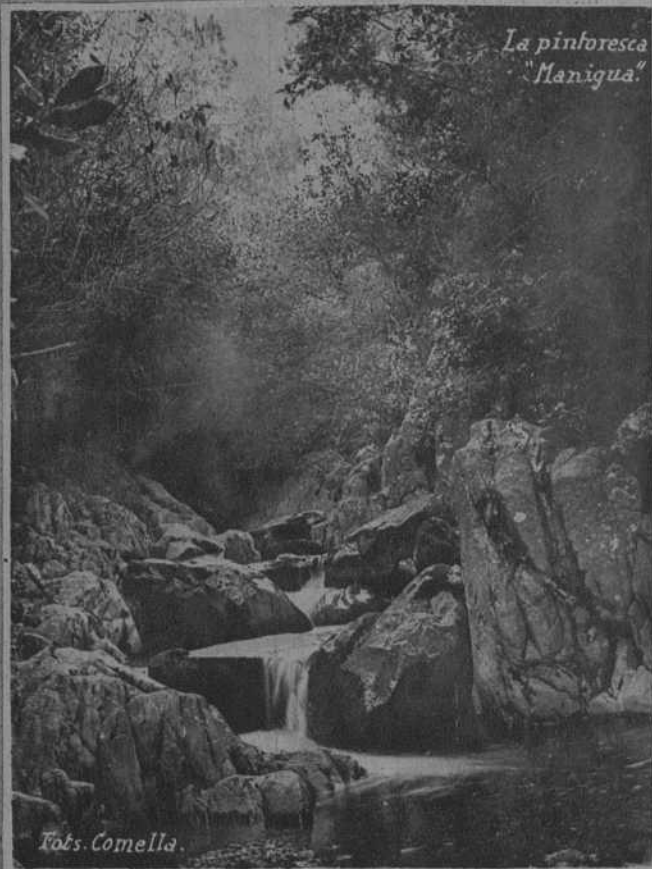
El pantano.



Las márgenes del pantano.



El pantano visto desde la "Font de la Teula".



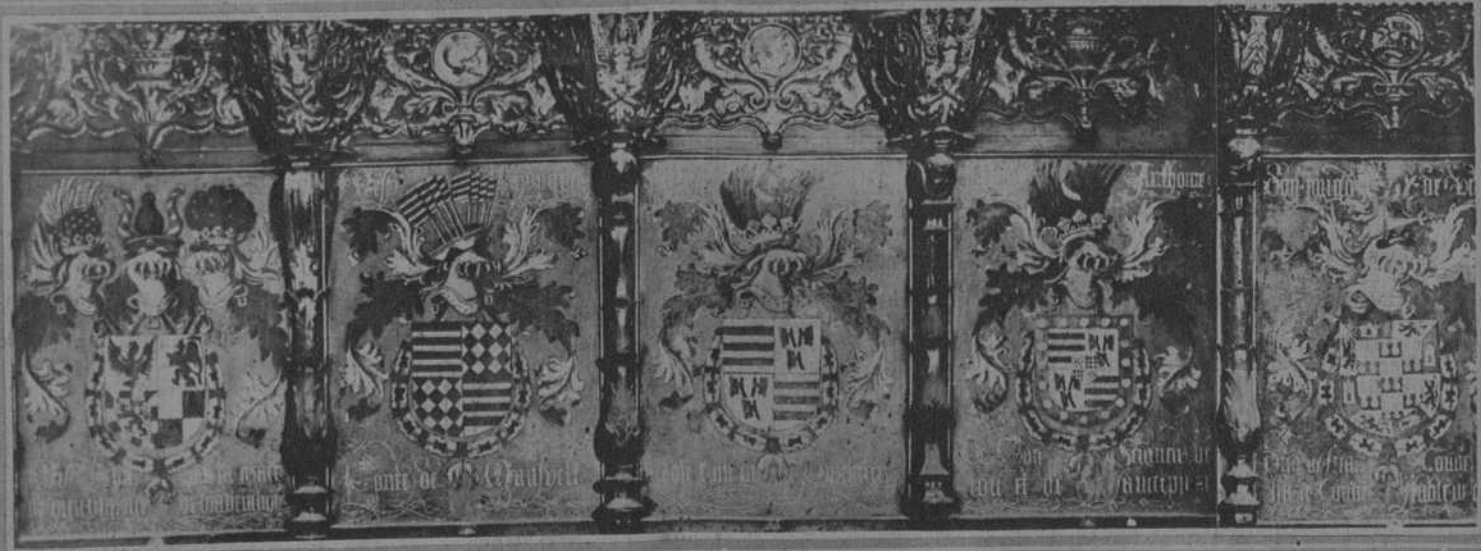
La pintoresca "Manigua".

Fots. Comella.

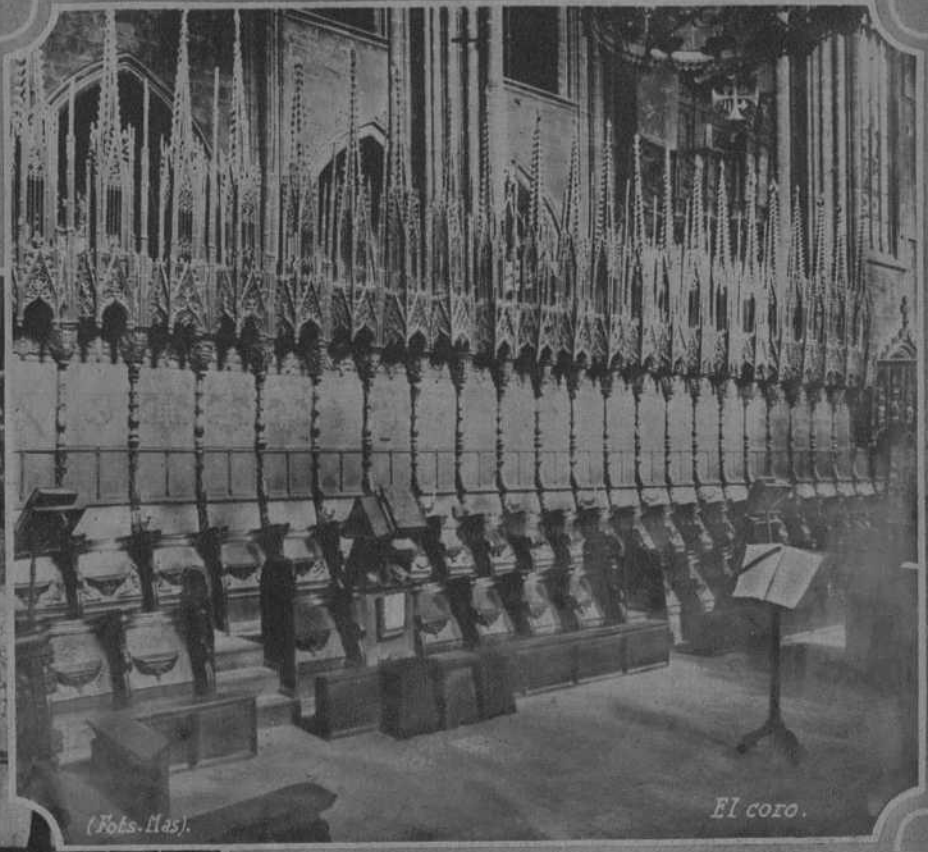
EL PANTANO DE VALLVIDRERA. ∞

Si el Tibidabo es lo panorámico y lo "atracción de forasteros", Vallvidrera es lo recogido y lo popular. Por las márgenes de su pantano, por sus fuentes y sus bosques, celebra el pueblo sus fiestas y pasan los noviazgos domingeros.

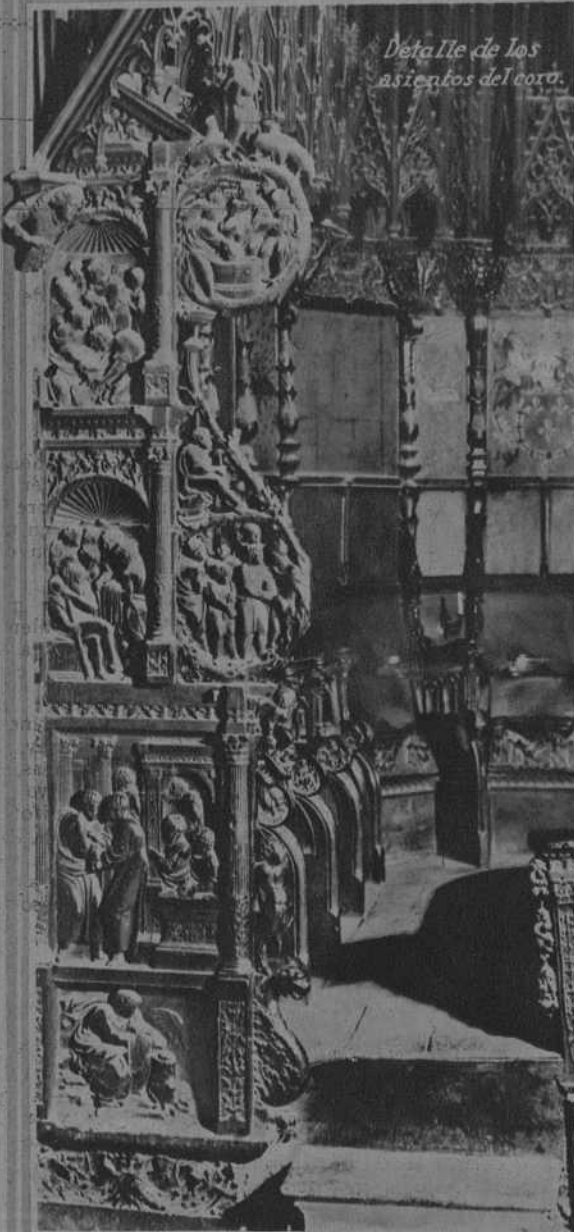
noia neta...



El coro de la Catedral de Barcelona, donde se celebró el primer capitulo de la Orden del Toison de Oro.



Detalle de los asientos del coro.



(Fols. 115).

El coro.



Los blasones de los caballeros del Toison...

LA MENTIRA INICIAL

por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

I LAS BENGALAS EN LA NOCHE

De improviso aquella idea surgía turbándole. ¡Cosa más rara!... Hasta él llegaban de tarde en tarde las notas llenas de salvaje alegría del «jazz-band»; entre los boscajes cubiertos de nieve, como en un «Nacimiento» convencional, lloraba un violín bohemio; y la luna, que semejava un enorme ópalo, incrustado en la bóveda cobalto, iluminaba con claridad, un poco romántica y un mucho espectral, el panorama de nevadas montañas.

¿Qué fue lo que le inspiró aquel pensamiento nuevo en su vida?... Nuevo no era, más bien había sucedido con él lo que con esas alimafías viscosas, informes, repulsivas y escalofriantes que, arrojando piedras a los limos quietos y verdosos que reposan en la superficie de un inmóvil estanque, dormido años y años, vemos de improviso surgir enigmáticos a la superficie, mirando a todas partes con sus redondos ojos amarillentos y opacos, agitando al mismo tiempo largos remos tentaculares.

Pero, ¿dormía efectivamente el pensamiento monstruoso en la asoleada paz del florido jardín de su vida? Ahora, con la instantánea rapidez con que la claridad lívida de un relámpago ilumina un paisaje siniestro, vió destacarse efímeramente en su vida una serie de cuadros, de gestos, de escenas que tan efímeras fueron, que ni tiempo tuvieron de plasmar. Así, por ejemplo, el mismo día de su boda, cuando entre los acordes de la marcha nupcial de «Tanhäuser» desfilara vestido con el rojo uniforme de la Maestranza sevillana, llevando del brazo en una nube de tules blancos que esfumaban la angélica gracia hecha de nieve, de nácar y de oro, de la que ya era su mujer, de Laura Riscos de Auseva, sintió igual escalofrío que causa en nosotros la mirada de un reptil que resbaló sobre nuestra piel ante los ojos de Germán Baza, el bohemio vencido y fatigado que se arrastraba por la vida. Después, horas después, en el tren que les llevaba al través de las llanuras castellanas, dormidas bajo la luna, sin un motivo definido tampoco, desviándose de improviso de la conversación, como se desvían las aguas de un río que de pronto tropiezan con un oculto obstáculo, empezó Laura una a modo de misteriosa evocación en que exaltábase y vibraba toda. El, por su parte, no pudo sostener la atención que a un enamorado, frente a frente a su amor, correspondía, y sin quererlo, revisó los rostros de los que a despedirles bajaban a la estación, y que

ahora se le presentaban con la irónica actitud de las figuras de un album de Gavarny. ¿Qué había de raro en aquellas caras?... Ni burla, ni sarcasmo, ni ironía; parecía más bien haber un no sé qué de ambiguo, esa expresión de los rostros tras los que vive un pensamiento secreto. Después, días después, en París, igualmente la sensación, que más era a modo de incomodidad, molestábale e intranquilizábale ante la amabilidad prevenida de una modista o ante la servicialidad consciente de un joyero. Y así muchas, muchas veces, sin saber ni el cómo ni el porqué, luces espectrales habían alumbrado informes larvas que dormían en el fondo de su pensamiento.

Y ahora, de improviso, las luces rojas y verdes de las bengalas que trocaban la nieve en aladinescos tapices de rubíes y esmeraldas, perdurando en su reflejo, permitiéndole percibir el tosco delineado de los cuadros.

Habíase casado... A ser veraz para consigo mismo, tuviera de confesarse que no estaba muy seguro del porqué. Cómo aquel devaneo de salón, aquel juego en que no era fácil decir qué llamaba más la atención, si la frívola inconsciencia de él, tocado de afán sentimentalista, o la resolución, muy «varona», de ella, famosa en el deporte, amazona consumada, «yachtwoman», aviadora intrépida y garrochista castiza. El caso fue que, sin saberse cómo ni cuándo, la camaradería deportiva trocóse en un «flirt» mundano, turbuiento, alocado, muy «smart», con intermitencias de pasión teatral e indiferencia distraída.

Laura era una de esas mujeres que viven «para la galería», que dan la rara impresión de que ni gozan ni sufren, que su único afán, su único deseo, es llamar la atención, conmoviendo las muchedumbres; pero en esas vidas, como en los arenales abrasados de sol, en que algunas veces hay frescos refugios con pomposa vegetación y mansos regatos de agua, existen puntos de sombra de suave y férvida ternura, grutas encantadas donde duermen tesoros de melancólica poesía.

Juan Gustavo, en cambio, era mucho menos laberíntico e intrincado, más banal. Niño de espíritu, pese a sus treinta y seis años, era poeta apasionado, fanático, entusiasta y... no era nada. Su existencia entera condensábase en un «bluf». Quizás tenía doble fondo, mucho dentro, pero para verlo era preciso romper primero la corteza a golpes de un gran dolor o una loca alegría.

La vida, hasta aquel entonces, fue placida y amable para él; alguna vez una pe-

queña rasgadura dolorosa dejaba ver su interior, pero, instintivamente, inconscientemente, replegábase sobre sí. No era ni bueno ni malo, era frívolo; ni sabio ni ignorante, sino un erudito «a la violeta»; ni listo ni tonto; únicamente inteligente, eso sí, infinitamente inteligente. La palabra que definía su carácter era el término frivolidad; era frívolo, enormemente frívolo, absoluta y completamente frívolo. Pero fue el caso que él, incapaz de una resolución, sin gran voluntad ni continuidad en el esfuerzo, vió un día, con asombro por su misma parte, que el juego de coqueteos convertíase en un flirt en regla, éste en un noviazgo y el noviazgo, con vertiginosa rapidez, en boda. No es que le doliese, no es que no lo quisiera; veía con agrado asociarse sus dos vidas para... seguir divirtiéndose. Quererla, la quería con un poco de ternura infantil, como a una hermana mayor, como a una amiga de toda la vida que sabe comprender y perdonar nuestras tonterías, pero...

Laura, en cambio, daba la sensación de haber sido ella la que «lo había querido». No que le amase a él, sino que tenía la firme y absoluta voluntad de ser su esposa.

Era una hembra banal, ligera en apariencia; inconsciente cuando no se le escapaba ni el temblar de una hoja; capaz de las mayores locuras... «hechas» con sentido común; turbulenta cuidando de no hacer más ruido que el debido; ligera con atención de no serlo bastante para que el aire le moviese de su sitio; dando la sensación de «una loca», era maestra de voluntad y de cordura.

Juntos siempre, patinando, jugando al «golf», toreando, corriendo liebres, derribando toros, habían coqueteado mucho, se habían reído, hecho cien incongruentes escapatorias; pero Juan Gustavo no halló jamás la palabra «amor», y ella pareció deleitarse en aquella camaradería. Cuando un día, sin que él dierase cuenta de los trámites, encontróse hablando de... la vida. Venía aquello tras una temporada extraña en que se habían alejado más que nunca, ella hacía no sé qué fríos paisajes de vetustas urbes provincianas, él hacía turbulentas apoteosis carnavalescas en el cálido encanto de la Costa Azul.

Volvió él cansado, derrengado, con ganas, en su hartazgo de mentiras banales, de un poco de descanso en el regazo de una ternura verdad. En el «hall» del gran palacio de los Riscos de Auseva, decorado a la moda del Renacimiento español, mientras saboreaban el té bajo la gran campana de piedra blasonada con el escudo de los dueños de la casa, el muchacho, dejándose lle-

var de su vocación de blufista, contaba mil lances sensacionales que decía le acaecieron en las fiestas de Carnestolendas, y borracho con la exaltación de sus propias palabras, exageraba, mentía, forjaba historias. De improviso, por un cambio muy propio de su carácter camaleónico, quedóse silencioso, fué su rostro nublándose poco a poco, y al fin púsose muy triste, muy triste, y al fin suspiró:

—¡Qué triste es la vida!

Luego, como había cambiado de disco, creyó lo natural disertar sobre la nueva teoría. No, la vida aquella tan ruidosa, tan alegre, tan bulliciosa, era triste, porque estaba vacía, porque no tenía nada dentro. Mientras somos jóvenes, ricos, guapos, felices, la vida nos sonríe, y un cortejo de faunos y bacantes, como las que acompañaron a Baco a la India, nos rodea, pero ¡ay de nosotros si caemos! Si envejecemos, nos empobrecemos o enfermamos, nos quedamos solos, solos con el atroz erial de nuestro calvario por delante. ¡Felices aquellos que tienen en la vida un gran cariño, que es como el báculo de su dolor!

Así siguió hablando con patético acento cuando, de improviso, en vez de las irónicas burlas con que recibía siempre sus patéticas nostalgias, halló en ello un manantial de ternura infinita que manaba dulcemente, mientras unos ojos graves y afectuosos, no los ojillos burlones de diablesa, le envolvían en su luz.

Juan Gustavo dejóse arrastrar por la corriente, y así hablaron, hablaron mucho junto a las llamas amigas, bajo la campana del hogar familiar, y cuando el muchacho se vió en la calle, hallóse con que habíale hecho una declaración en toda regla. Los términos exactos de tal declaración no los recordaba, pero lo que sí tenía presente, como el forzado tiene presente la cadena que le cuelga del pie, era su aceptación de ella, eran las palabras fatídicas: «Mira, Juan Gustavo—hábleme dicho Laura—. Lo pensaré toda la noche, consultaré a mamá, y mañana te contestaré.»—Debió sin embargo, leer en el rostro del pretendiente no sé qué veleidades de arrepentimiento, por cuanto pidió auxilio a la poesía: «Yo también estoy muy sola, muy triste, y tu proposición es tentadora». En la calle, Juan Gustavo, decidido a retractarse, a no aceptar aquel yugo que era pérdida de la libertad y no sé qué misteriosas ligaduras que instintivamente se resistía a aceptar, meditó una carta de excusas seguida de un viaje; la carta quedó, tras de romper algunas hojas, para el siguiente día; la luz dióle resolución y valor para afrontar... ¡Bah! Mejor sería excusarse de palabra. Ya ante ella, en el ambiente de su casa, su resolución decayó, flaqueó su valor y decidió, en fin, aceptar. Cuando salió de allí eran novios.

No ofreció el noviazgo imprevistos lances ni raros matices, ni de esos amagos que son como avisos. Sólo un día... Habíanse citado en el Museo para estudiar unos terciopelos del Tintoreto, unos jardines de Tiziano y unos motivos florales de Veronés que eran precisos para el decorado de su casa; Juan llegaba (como siempre) retrasado, y al enfilar los grandes salones, creyó ver a lo lejos un extraño terceto. Mientras una dama, con facha de caricatures-

ca «carabina», miraba extasiada un cuadro en que una frondosa ninfa debatíase entre los brazos peludos de un sátiro, una mujer joven, delgada, elegantísima, parecía hablar exaltada, subrayando las palabras con gestos rotundos inexorables, con un hombre de mísero perjeño y apostura de vencimiento absoluto, que se expresaba con fatal y concentrada desesperación. Subitamente los reconoció; Laura Riscos de Auseva, la pobre «miss» con rostro de «bulldog» y pies de palmípedo, y un hombre que no recordaba quien pudiera ser. Aprehensivos, y entonces pareció tener lugar un raro efecto de óptica. Como si la distancia hubiese sido un cristal deformador, y según se acercaba el tal fuese desvaneciéndose, a medida que se aproximaba las cosas variaban. Verdad que el aya de caricatura, de caricatura seguía siendo, con sus pies enormes, sus redondos lentes y su ridículo sombrero pasado de moda. Pero en cambio, los gestos de Laura, desde lejos violentos y rotundos, habían recobrado su eufonía y más que definitivos parecían convincentes. Aun al llegar él al grupo pudo alcanzar algunas palabras de las pronunciadas: —Hará usted mal—decía ella con voz sosegada—; piénselo antes de irse a Africa, piense si de verdad siente vocación—. Al ver llegar a Juan volvióse hacia él y le hizo las presentaciones: —Mira, te presento a Germán Baza, el gran poeta.

El novio le tendió la mano, mientras le examinaba curiosamente. Parecía vencido, abrumado, anonadado, un ex hombre de novela rusa; debía haber llorado, porque sus grandes ojos amarillentos, estriados de sangre, aparecían empañados por un velo de lágrimas, unos ojos atroces que fosforescían con una luz de angustia inquieta que ardía dentro.

Apenas estrechó la mano tendida, y al hacerlo estremeciése a su contacto como si hubiese tocado una pila eléctrica, murmurando un lacónico «¡Adiós!» Luego fuese tambaleándose como si estuviera ebrio.

Muy tranquila, muy dueña de sí, explicó la muchacha:

—¡Pobre chico! Es un gran poeta, pero un loco. Ahora quiere sentar plaza e irse a la Legión. No le creo ni con fuerzas ni con salud... Pero tampoco me atrevo a disuadirle. ¡Vaya usted a saber si un gran poema, «su obra», estará allí!

No volvieron a hablar de él hasta que un día, casados ya, y recién nacida «Aurea», la niña deliciosa que a los siete meses de su boda vino al mundo, viajando por el Tirol, al entrar en el cuarto le oyó murmurar, mientras dejaba caer un periódico español: «¡Qué horror! ¡qué horror!

Interrogó:

—¿Qué?

La voz de él pareció tranquilizarla, volviéndola a la realidad:

—Nada nuestro, pero ¡qué horror! ¡pobre chico!

Y ante la cara de asombro de él, explicó:

—¿Te acuerdas de aquel poeta que cuando éramos novios te presenté en el Museo del Prado? Pues sentó plaza, se fué a Africa y lo han matado los moros.

Había aquel recuerdo, como tantos otros, caído en un abismo de olvido, cuando aho-

ra, a la luz extraña de las bengalas, como si la claridad livida tuviese el raro don de acabar de gestar las informes larvas, había retornado. Y todos los recuerdos se enlazaban, se trenzaban, iban a formar un todo armónico, cuando...

Una avalancha de máscaras, que cogidas de las manos trotaban alocadamente sobre la impoluta blancura de la nieve, a los absurdos ecos del «Jazz-band», le envolvieron. Pierrot dejábase arrastrar por Colombina, que se agarraba a la capa de Mefistófeles, mientras que una dogaresa prisionera del encanto de un «Mignon» de Enrique III, rechazaba la adusta fiera de un Gran Inquisidor y un granadino Boabdil lloraba la pérdida de la Alhambra empujando por una liviana y casquivana marquesa de La Pompadour, Arlequín, Pantalón, la Briuvillers, Sade, un César romano y una Basilisa bizantina, daban desaforados saltos, y Romeo murmuraba al oído de Julieta sus endechas de amor.

Entonces, una Scherezarda deliciosa, inclinóse hacia él y murmuró a su oído:

—Anda, chiquillo, y no seas pelma. ¡Cualquiera creería que te aburres!

II

LA RÓNDA DE FANTASMAS

Después de flotar mucho tiempo en la atmósfera, sumida en sombras, del cuarto del Hotel, aquel fantasma plasmó en una idea; tal vez la rapidez de su boda, tal vez su inutilidad para luchar con la voluntad que ella le imponía, quizás su débil conformidad, su sumisión, su entrega,ieran sencillamente una oscura voluntad! Ni tan siquiera abulia o inconciencia, ni pereza ni cobardía; era egoísmo, egoísmo que disfrazaba su interés de conformidad. Y analizando, sutilizando las cosas, hacía las aún más bajas, vulgares y miserables. Sí; no valía ya engañarse como había engañado a los demás; era egoísmo, egoísmo que disfrazaba su interés de conformidad. Y analizando, sutilizando las cosas, hacía las aún más bajas, vulgares y miserables. Sí; no valía ya engañarse como había engañado a los demás; era egoísmo, egoísmo que disfrazaba su interés de conformidad. Y analizando, sutilizando las cosas, hacía las aún más bajas, vulgares y miserables. Sí; no valía ya engañarse como había engañado a los demás; era egoísmo, egoísmo que disfrazaba su interés de conformidad.

Los pensamientos que traíanle desvelado a mal traer, hicieronle dar vueltas en el lecho. Entonces, en la claridad y sutil investigación del insomnio, más fuerte que el sufonal, que el veronal y que otros narcóticos, formulóse a sí mismo una pregunta: ¿por qué estaba allí en aquel soleado rincón de la dorada costa? ¿Por qué había dejado la helada blancura de Saint-Moritz, para buscar pegajoso bochorno? La respuesta era asaz sencilla; estaba allí huyendo de los fantasmas que le acosaban y que, pese a los esfuerzos que hacía, no conseguían plasmar. Por doquiera que iba ahora, la cohorte de los mimos, como en el verso de Poé, le seguían. Su caso era el de un hombre que, condenado a cadena perpetua, huiese y por doquiera que corría arrastraba la cadena tras de sí. En el extremo de la cadena había una bola negra y enorme... ¡y jamás sabría lo que la bola tenía dentro!

CONJURANDO AL FANTASMA

Como un ladrón, miró temeroso a todas partes. Un minuto escuchó latir su propio corazón; después nada. No había nadie.

Era en su propia casa donde tenía lugar la escena, en el suntuoso palacio de los Riescos de Auseva, ahora de él, en el «boudoir» maravilla del arte español, en los momentos en que el arte hispano quiso desterrar las huríes del mahometano paraíso y sustituirlo con la cohorte angélica, presidida por el arcángel de la espada flamígera.

El día antes, tres después de su llegada a Madrid, huyendo del fantasma de la duda, cuya presencia acibaraba sus días, ante su torvo mutismo, ante aquel silencio gris y opaco, por vez primera en la vida había se ella dado por aludida. Como su discreción y arte mundano no surtía el deseado efecto, hábale envuelto en su ternura que, pese a ella, era maternal. «Pobrecito—hábiale dicho—, siempre necesitas algo con que amargarte la vida, algo para preocuparte y entristecer».— Y como el reconcentrado callase tercamente, había insistido: —¡Qué niño eres! ¿Por qué ese afán de buscar un dolor, una tristeza o una inquietud que no existe. No creas que voy a sentirme muy moderna, muy audaz, muy desenvuelta y que voy a decirte con Nietzsche: «¿La verdad?... ¡No la busquéis! Es un atentado a nuestro pudor», pero, con la filosofía que la vida nos enseña, si te diré que el dolor, como el placer, no existen. Son contracciones de nuestro sistema nervioso, son, sencillamente, cosas relativas».

Pese a todo, no había vuelto la paz a su espíritu, y tras horas de zozobra, aprovechando la ausencia de Laura, había penetrado como un ladrón en sus habitaciones en busca de... la verdad.

Por un momento sintió vergüenza y estuvo a punto de retroceder, pero algo más fuerte que él le empujaba, guiaba su mano... A ver... ¿El cofre de sándalo y marfil?... Nada, pañuelos de encajes, abanicos... ¿El bargueño gótico?... libros, fotografías sin interés... ¿El bargueño árabe? Unas fotografías, cartas vulgares, convites, medallas, libros. Nada tampoco. Quiso cerrarlo casi arrepentido con un punto de vergüenza. Estaba muy duro y forcejeó, procurando no hacer ruido. No podía; buscó el resorte; ¡tampoco! Algo impedía cerrar el abierto cajón. Empujó más, más, y por fin, el rebelde cerróse, haciendo saltar un pedacito de papel, que era lo que obstruía el muelle.

Lo cogió con curiosidad; un sello. Lo examinó detenidamente y fijóse en la matadura. Entonces, de un salto, púsose en pie y retrocedió erizados los cabellos y los ojos fuera de las órbitas. La matadura del sello denunciaba su procedencia africana. Provenía de la zona del protectorado español. ¿Qué significaba aquel sello? ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había venido a parar a un mueble donde Laura guardaba cosas?

Era inútil hacer hipótesis favorables, inútil suponer la existencia de un pariente o un amigo, inútil creer en un sablazo, un empeño cualquiera, una petición de ayuda o protección, una recomendación. La ver-

Impaciente, nervioso de no lograr dormirse, echóse al fin del lecho, vistiéndose rápido y fue a la calle.

La noche azul era luminosa, tibia y serena. Bajo el plafón azul espolvoreado de estrellas, dormía el mar, mecido en un suavísimo vaivén que era como el respirar de un niño. Bordeábalo el paseo muy bello, festoneado de palmeras, poblado de suntuosos albergues. En el puerto, entre modestas embarcaciones pesqueras, veíanse anclados los «yachts» de algunos multimillonarios; al final de la gran avenida fulguraban las luces del Casino. Allí encaminóse él.

Sin obstáculo franqueó las puertas y encaminóse a las salas de juego; reverentes, dos criados de librea abrieron las mamparas, e iba ya a entrar, cuando alguien dióle una palmada en la espalda. Volvióse rápido y hallóse frente a frente con Carlos Barieu. Véase que el calavera impenitente, el hado perdido, el tarambana madrileño que después de múltiples trapisondas de dinero había tenido que emigrar de la corte, había vuelto a perder, y por consecuencia, bebido con exceso. Estaba demacrado, descolorido, envejecido. La cabellera, antes negra y espesa, tenía muchas canas y grandes claros; el rostro muy curtido en que, mortecinos, brillaban los ojos, cubríase de intrincada red de arrugas, y la boca ignoble mostraba los dientes grandes y amarillos.

Juan Gustavo intentó zafarse:

—Iba ahí, a la «sala del crimen», a ver si me repongo un poco...

Pero el otro le atajó el paso:

—«¡Vade retro!» Ahí no vayas nunca. El juego es la maldición de los hombres... Con el juego todo se desmorona, todo se viene abajo, la vida entera se hundiría si no fuese... por el alcohol. ¡Viva el alcohol!—; y tras breve pausa: —Andando al «bar», te invito a un «cook-tail».

Intentó zafarse:

—Mira, ahora no, otro día... mañana.

El borracho aferróse, riendo estúpidamente:

—El vino no tiene mañana. ¡Hoy y sólo hoy!... Verás, es una cosa que he inventado yo... una mezcla exquisita... el néctar de los dioses.

Hablaba con voz torpe y velada, y en sus palabras, en su articulación, sobre todo, ponía una incoherencia extraña. Las gentes comenzaban a pararse, y para rehuir la expectación, aceptó.

Ya en el «bar», el otro, mientras accionaba torpemente, con mano temblorosa, quiso explicarle el secreto de su mala suerte:

—No podía ser, ¿sabes?, no podía ser. Hasta hace tres días ganaba, ganaba mucho, doscientos mil francos, pero encontré una mujer, una nena deliciosa, que me quiso en cuanto me vió... y me quiere, me quiere cada día más, y claro que pierdo. Ganar no ganan más que los «cucús» y pierdes... ¡bueno! ¿Que un día gané...? «¡Cucú!» ¡no te quepa duda, «cucú!» Tu mujer te engaña.

Siguió el beodo hilvanando incongruencias con groserías, unas absurdas, verosímiles otras. Con la plúmbea pesadez de los que se han dado a la bebida, insistía, machacón, en el tema que había cogido:

—«¡Cucú!»... ¡Bah! Bien miradas las co-

sas, no podría decirse que es peor, si perder o ser «cucú». Yo soy un caballero, un caballero en toda la extensión de la palabra—llevábase la mano al pecho con gesto hidalgo—; pero si fuese un cínico diría que peor, cien veces peor es perder. Con dinero las mujeres son fieles siempre; se las encierra en una torre de oro, se las pone un cinturón de castidad de brillantes... fieles siempre... ¿Sin dinero?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Sin dinero... ¡todas, todas «cucús!»

Siguió desbarrando, bebiendo, tambaleándose en la silla. De pronto callóse, pareció reconcentrarse, meditar, reunir las piezas fragmentarias de un misterioso «puzle» cuya perfecta composición no acababa de comprender, en la dificultad de acoplar las piezas arrumbadas del mosaico y sin transición, sin venir a cuento, sin razón ninguna, formuló una pregunta:

—¿Conociste a Germán Baza?

Juan Gustavo no contestó nada y quedóse mirando, expiando ansiosamente un gesto, una sonrisa, una mirada, algo que denotase intención aviesa en él. No, era una cosa arbitraria, absurda; una cosa que no se le había ocurrido de improviso, una de esas ideas o recuerdos desterrados a un rincón del cerebro, que precisan de la llama del alcohol para poder surgir al exterior.

Sin embargo... Pese a todo, para que tal idea retorna precisábase el choque, el chispazo; precisábase, sobre todo, que hubiese una misteriosa asociación entre él y aquel hombre oscuro que, como una marioneta a la que se rompen los hilos, se había desplomado en un foso negro, lúgubre, húmedo y frío.

Era preciso saber, saber; fotografiar aquel fantasma como pretenden hacer los espiritistas con los espíritus evocados. A su vez interrogó:

—¿Sabes que murió en Africa como un héroe?

El borracho asintió:

—Sí... Como un héroe... —Luego prosiguió: —¡Es tan fácil ser un héroe cuando no se tiene nada que perder!... Ni dinero, ni posición, ni gloria, ni juventud. ¡Bah! Es como el juego, mejor, la ruleta. Pones la vida a un número; que no sale, te arrastra la raqueta del sepulturero. Que sale, ¡te pagan treinta y seis veces lo que has puesto!

Juan bebía ansiosamente las palabras cabalísticas sin otro sentido que el oculto sentido que sólo él podía entender. Pero Barieu que no cesaba de beber, volvía a perder la extravagante clarividencia que un momento diera interés a sus palabras.

Esperó el otro mucho, pero al fin, desengañado de saber, de lograr aprisionar aquel fantasma, pagó la cuenta y fuése casi sin que Barieu se apercibiese de ello.

Ya en la calle, anduvo muy de prisa, pisando fuerte, accionando, tratando por todos los medios de aturdirse sin conseguirlo. Al fin, dejóse caer en el parapeto que festoneaba el agua, y ocultando el rostro entre las manos, quiso coordinar ideas, ordenarlas, darlas una razón de ser. Inútil. Al cabo de un rato de baldío esfuerzo, alzó la cabeza y miró al agua.

Un momento pensó en la regalada blandura de aquel lecho. ¡Dormir! ¡Dormir!... ¡Y no despertar!

dad estaba delante de él, resplandecía cegadora. ¡Laura y Germán Baza! Firmemente, ciertamente, mecánicamente, asociaba sus dos nombres.

Volvióse lívido, desencajado, desorbitados los ojos y crispadas las manos y se halló frente a frente de Laura que, muy pálida también, erguíase ante él como un fantasma.

Dió un paso rechinándole los dientes, y murmuró con torpe acento de furor:

—¡Infame!

Pero, sin perder la serenidad, aquella maravillosa serenidad, perfumada de unción, una serenidad admirable, casi ultraterrena, «cristiana», podríamos decir en su manse-dumbre insólita, habló sin levantar la voz:

—No, Juan; escenas de tragedia, no; ¿para qué? Son indignas de ti y de mí, son de mal gusto, «desplacées». Los dos nos hemos engañado...

—¡Me has engañado tú!—afirmó implacable.

La mano pálida detávole con un gesto casi ritual:

—Nos hemos engañado—afirmó con firmeza—. Ni tú ni yo nos amábamos; sentíamos, a lo menos yo, un cariño fraternal, una ternura sin límites, pero carnalmente, no nos deseábamos. Hubiésemos cruzado la vida sin un gesto de violencia, sin una mirada de ira ni de pasión, como dos amigos, como dos hermanos que se sostienen mutuamente.—Mientras las palabras purificadas de humilde y compasiva ternura, manaban de sus labios como el chorro de una fuente milagrosa, los ojos le envolvían en una luz de abnegada devoción, férvida, humilde y compasiva a un tiempo, como la que emana de las maceradas pupilas de una «Mater Dolorosa» y las manos revoloteaban como dos eucarísticas palomas.

En voz muy baja musitó, reprochador:

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

Pareció concentrarse, analizarse, hacer casi una autoantopsia para hallar las razones ocultas, y, al fin, con lentitud, con mansedumbre sin límites, habló:

—Primero creí que lo sabías, que sabías la otra historia, acabada ya. ¡Eras tan frívolo! ¡Tan frívolo nuestro vivir entero! Engañada por las bravatas, por las audacias de palabra, por las teorías ultramodernísimas (servidas quizá por mi secreto deseo) por un momento pensé que «sabías»...

Interrumpió él con reproche:

—¿Cómo suponer eso!

No rebatió la objeción y continuó, acen-tuando aún más la tristeza resignada y doliente:

—Que sabías y perdonabas. Las teorías audaces, los conceptos atrevidos, las fanfarronadas de despreocupación e indiferencia, las jactancias de «sprit fort», como dicen los franceses, tienen eso de malo, que a veces se cree en ello. Cuando, en el primer momento de soledad y meditación que tuve después de planeada la boda, precisamente en el viaje de novios, en el momento en que por un aviso material retorné a la plena realidad y vi no sé qué en tus ojos, comprendí... «que no sabías».

Juan opuso:

—¡Tal vez aún era tiempo!

Meneó negativamente la cabeza:

—No, no era ya. Si en aquel momento hubiese alzado el velo, hubiese sido la catástrofe, el escándalo, las dos vidas rotas, perdidas para siempre.

Una pregunta, con acentos de sarcasmo, asomó a sus labios:

—¿Y así no?

Se hizo aún más humilde, revestida de mansedumbre:

—Escúchame hasta el fin. Te juro, te juro por todo lo más sagrado, que fuera de la falta inicial he sido honrada. Te juro que en mi angustia atroz toda expiación me pareció poco. Hora tras hora, día tras día, minuto tras minuto, viví atenta, alerta siempre, para evitarte una pena, un dolor, una humillación o una vergüenza. Así, al saber muerto, envuelto en la bandera, a Germán, sentí un descanso, algo como si me quitasen un peso de encima, y respiré. ¡Dios me perdone si lo digo!... me alegré. Luego, al correr del tiempo, vi que no, que todo era inútil, que adivinabas algo, que ibas camino de saber. Viví momentos atroces de angustia e indecisión; Saint Moritz, Niza, Mallorca... fueron estaciones de mi calvario. Y en fin, pese a todas mis precauciones, pese a mis esfuerzos, la hora está aquí... ¡Perdón!

Cayó de rodillas a sus pies, pero él no tuvo un gesto, ni de violencia ni de perdón, ni de reproche, ni de lástima. Lloraba silenciosamente, inmóvil, petrificado, en un dolor más fuerte que él. Al fin, Laura

alzó el rostro, bañado en llanto, y luego, con maternas precauciones infinitas, cogió la cabeza de él entre las manos y alzándose lo atrajo a sí:

—¡Pobre! ¡Pobrecito mío, qué desgraciados somos!

IV

LA VICTORIA DE LOS FUEGOS FATUOS

El cielo anubarrado de cárdenos y ne-gruzcos celajes, amenazaba tormenta, de-jando de vez en cuando caer gruesos gote-rones. El paisaje de los arrabales de la ciudad era siniestro; veíanse los tejares, las casuchas sórdidas, los miserios merenderos pintados de almazarrón, añil, yeso y ocre; los árboles esqueléticos, retorcidos como grotescos penitentes a lo largo de las rutas polvorientas; luego el río pobre y medio seco, y al fin, alzándose al horizonte, destacándose blanco en algún rayo de sol fugitivo, el panorama goyesco de la ciudad. Tras el grave y triste, pero lleno de nobleza serena, San Isidro, el cementerio, con sus cipreses puntiagudos y sus monumentos de mármol.

Juan Gustavo, destocada la cabeza, caminaba rápido, casi corria, huyendo de sí mismo.

¡No podía ser! Toda su vida estaba edificada sobre cimientos de arena y a cada movimiento sentía que los cimientos se desmoronaban.

Había perdonado y vivido un momento la dulzura sin límites de la paz en la resignación, pero el dolor, la inquietud, la perenne zozobra había vuelto y... ¡no podía más!

En todos los rostros, en la palabra más banal, en el gesto más anodino, creía ver escritas algunas palabras de su historia atroz. Su vida ya no sería vida, sería una perpetua huida con la cadena a rastras, perseguido por fantasmas.

¡No podía más!

Sentóse en el suelo y se apoyó en las tapias del cementerio; luego sacó del bolsillo un revólver y lo examinó con amor.

Llovía; después de algunos temerosos truenos, seguidos por las lívidas llamaradas de los relámpagos, empezaron a caer gruesas gotas con chasquidos sonoros.

Juan Gustavo apoyó el niquelado cañón en su sien y, como llovía a mares, disparó.



El Monasterio de Poblet

por MACARIO GOLFERICHS

Fundólo Berenguer IV después de la conquista de Lérida, esto es, en 1149, haciendo donación al monasterio de Fuen-Fría de un predio para construir un monasterio y con él las tierras de labor necesarias, señalándose los linderos en 1150. Dióse comienzo a la obra por el abad Esteban y doce monjes que vinieron de la casa matriz. Continuó la obra don Alfonso, hijo de Ramón Berenguer, ensanchándola y aumentando el número de monjes.

La construcción está dentro del tipo del Cister francés, o sea con iniciación al gótico, con bóvedas de arista lobulada. La iglesia tiene planta de cruz latina, bastante prolongada; consta de tres naves, la central de 8-40 metros de luz, las laterales de 4-30 y un total de 21-20 metros de ancho. La longitud total es de 85 metros y 28 metros de altura en la nave central, de modo que es una iglesia de las mayores de su época. El claustro, de forma cuadrilátera, tiene las naves de diferente longitud, pero es de notar en sus ojivas las columnas de tradición romana, contrastando con los góticos calados, si bien en el ala inmediata a la iglesia, que fué la primeramente construída, no hay calado alguno y conserva la forma del románico decadente. Dentro del régimen del Cister había en el claustro un surtidor cubierto y en él sus poyos, punto de solaz para los monjes.

El Refectorio es una pieza de una sola bóveda con el típico lectoral. La Sala Capitular, suntuosísima, con cuatro columnas que sostienen las bóvedas, tiene planta cuadrada de quince metros de lado, y quedan restos de las graderías de los sitiales. Al lado del aula capitular alzáse la biblioteca. El dormitorio, llamado hoy dormitorio de novicios, es una pieza de 87 metros de largo, con recios muros y arcos que arrancan ménsulas historiadas, sosteniendo la cubierta de leño. Estas construcciones fueron las que constituyeron el primer monasterio de fines del siglo XII.

En el siglo XIII, durante el reinado de don Jaime, el Conquistador, debió acabarse el claustro y otras dependencias, y en 1367 al 1377 se construyeron las murallas por orden de Pedro IV, y de aquí la semejanza de la Puerta Real de Poblet con la Puerta de Serranos de Valencia. Poco después de esta época, principiáronse los lagares, que más parecen iglesia, y sobre ellos, en 1397, mandó el Rey don Martín edificar su palacio que, de haberse concluído, hubiera sido de suntuosidad suma.

En el siglo XV construyóse una riquísima sillería para el coro, la cual ha desaparecido. Por los años del reinado de don Alfonso V construyóse la capilla externa dedicada a San Jorge, siendo muy de notar que está construída dentro del gótico castellano, que introdujo la rama castellana de los reyes de Aragón. El abad Conill, 1435-1458, construyó la nueva sacristía. La modificación de la arquitectura se hizo sentir en Poblet, y en el año 1526, reinando el Emperador Carlos V, el gran artista Damián Forment contrató con el abad Pedro de Quexal el retablo mayor de la iglesia, que consta de cuatro cuerpos y es del más puro estilo del renacimiento, rompiendo con la tradición gótica, y como quiera que el nuevo arte pugnara con el espíritu de la comunidad, el abad Quexal fué desterrado a Játiva. En tiempo de Felipe IV pretendióse acabar el palacio de don Martín, pero las guerras paralizaron las obras. En dicho siglo XVII y en el XVIII se hicieron muchas construcciones de pobre aspecto y menos gusto; el abad construyóse un palacete, y muchos monjes vivían separados de la comunidad, relajándose la Orden.

Cuando la invasión francesa, poco o nada sufrió la fábrica del monasterio cistercense; pero cuando las matanzas de frailes del año 1835, fué el monasterio abandonado y entregado al pillaje, profanadas las tumbas, espoliada la biblioteca, sus muros sirviendo de canteras y sus esculturas y capiteles vendidos a los anticuarios y así ha llegado a nosotros. Da pena ver los destrozos que ha hecho la mano del hombre, pero cierto estoy que cuando la razón se imponga a los fanatismos políticos, cuando todos trabajemos por España, Poblet volverá a ser lo que fué, esto es, un gran centro de cultura en nuestra Cataluña.

Los sepulcros reales de Poblet merecen capítulo separado. Mandólos construir en 1349 el rey don Pedro IV el Ceremonioso, encargándolo al maestro Jaime Castalls, quien, para no interrumpir las ceremonias del culto, construyó unos grandes arcos que apoyábanse en los pilares del Prebisterio y en los primeros de la nave, de modo que no interrumpían el paso del crucero. Los sarcófagos eran de piedra y tenían empujados grupos y detalles arquitectónicos en alabastro de magistral finura, y en ambos arcos repartiéronse los sepulcros del citado rey y sus antecesores, empezando por el de don Jaime, el Conquistador, que tenía doble estatua, una en traje monacal y

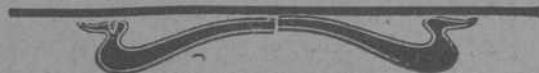
otra con vestiduras reales, terminándose dichos sepulcros en 1368. Después, Juan I mandó construir el suyo al imaginero Jordi de Deu, que lo labraba en 1381 y en 1410 estaba terminado el destinado a don Martín el Humano, pero quedó el cadáver de don Martín en la Seo de Barcelona, y utilizó dicha sepultura Fernando I de Antequera, que murió en 1416, y don Martín estuvo insepulto hasta 1460. En 1479 enterróse en este panteón don Juan II y su esposa, doña Juana Henríquez. Don Alfonso V el Magnánimo murió en Nápoles en 1458 y, conforme a su testamento, debía ser trasladado a Poblet, lo que no verificóse hasta 1671, construyéndose en el presbiterio un rico panteón de estilo abarrocado, teniendo dosel de mármol que cobijaba la estatua orante del gran Rey.

En 1660 al 1661 eligió sepultura en Poblet Luis Ramón Folch de Cardona, y entonces cegáronse los arcos para hacer en el hueco dos cámaras mortuorias, encargándose de esta labor los hermanos Juan y Francisco Grau por la suma de 5.500 libras catalanas, y ejecutando una obra muy discreta en su estilo.

La biblioteca del monasterio era riquísima, pues tenía códices de inestimable valor, cual una biblia mozárabe llena de miniaturas y no posterior al siglo XI; la Crónica del Rey Enrique IV de Castilla, por Diego Henríquez de Castro, muy llena de miniaturas; la Crónica de los Reyes Católicos, por Nebrija; las coplas de Juan de Mena, y tantos otros códices y manuscritos que llegaban a 6.500, y a esta biblioteca agregóse la librería de don Pedro de Aragón, que contenía 4.322 libros, casi todos raros y muchos de gran antigüedad.

Para formar concepto de la suntuosidad del culto, puede citarse que el terno para las honras fúnebres era todo bordado él sobre terciopelo de seda y tenía casulla, dobles dalmáticas, ocho capas y todos los paños y demás ornamentos y un paño mortuorio, que posee ahora la Catedral de Tarragona, todo bordado en oro y sembrado de piedras preciosas.

Lo que debía ser palacio del Rey don Martín es una filigrana en su parte arquitectónica, y sus caladas ventanas no tienen igual en la arquitectura gótica, de modo que ello solo es bastante para una visita al desolado monasterio, que convendría fueran más visitados por los catalanes, pues lo que no se conoce no se ama, y Poblet quiere el amor de todos para resurgir en esplendor como en su pasado.



La Catedral

NOTAS SOBRE EL BELLISIMO CORO

por A. N. D.

Admiración de entendidos y profanos es el hermoso coro de la Catedral de Barcelona. Su trabajo de talla es único, rivalizando en el mismo la perfección con el buen gusto.

Antonio de Bofarull, archivero de la Corona de Aragón, hizo del coro de nuestra Catedral, en 1847, la descripción siguiente:

«A la derecha y en primer plan distingue-se un rico y bien trabajado púlpito, cuya escalera sale a la parte de afuera, y en seguida del cual forman en línea una porción de doseles o cúpides, minuciosa y delicadamente trabajadas que cobijan las sillas de la grada superior del coro, las cuales, si se comparan con el primer trabajo, no presentan tanto mérito, aunque más solidez por su forma; pero no se extrañará si se atiende a que las cúspides fueron fabricadas en 1483 por Miguel Loquer y su discípulo Juan Federic, alemanes, y las sillas en 1458 por Matías Bonafé. Enfrente del púlpito, esto es, en el otro extremo donde acaba la línea de sillones, vése otro sillón y dosel mayor a manera de trono y en el respaldo de cada uno de ellos conservanse aún primorosamente pintados, los escudos de armas de los caballeros que asistieron al primer capítulo general que de la Orden del Toisón de Oro, celebró allí el Emperador Carlos V, en 5 de Marzo de 1519.

Cada sillón tiene el escudo del caballero que lo ocupaba o debía ocuparlo, pues se nota en alguno que sin embargo de haber el nombre del personaje, hay en seguida la palabra «traspasé».

Confirman la memoria de este hecho ciertas inscripciones, algunas divididas en varios trozos que, colocadas a manera de cuadros a derecha e izquierda de la puerta, dicen así: (Entrando a la derecha): «Invic-

tissimus Carolus Dei gratia Hispaniarum rex catholicus, etc. Archidux Austrie Dux Burgundie etc., solemnitate insignissimi ordinis aurei velleris cui tanquam supremus preerat in hac ecclesia V. VI. VII. diebus mensis martianno domini 1519 et regni ejus 4.º solemnissimo celebravit.—Tres haut et tres excellent et tres puissant et tres catholique prince Charles etc. Par la grace de Dieu premier de ce nom Roy des Espagnes et des deux Seciles de Kierusalem et des isles et Terre ferme de la mer occiane Sr en Aveericque et archeduc d' Austrice et souverain du tres noble ordre de la Thoysen d' ora».

(Entrando a la izquierda). Iuvic tissimus Carolus etc. (Sigue igual a la de la otra parte).—Tres haut et tres illustre tres puisant prince Maximilian par la clemence de Dieu Empereur des Romains, toujours auguste roi de Germanie, de Croacie et archiduc d'Austriche Duc de Bourgundie de Siorie de Carintie de Carniole et conte de plahsorug de Tirol. Tres passé».

Por diferentes nombres se divide en dos partes el coro; llámase a la una coro del Obispo o de San Juan Bautista, y la otra, del Dean o de San Pedro.

El extremo del coro por la parte de afuera ostenta un pequeño cuerpo de arquitectura dórica, figurando en sus intercolumnios y en bajos relieves de marmol blanco la vida y martirio de Santa Eulalia. Distinguen-se entre los cuadros que forman los grupos de las figuras, cuatro nichos de gusto diferente con estatuas; pero a primera vista es fácil ya de conocer que estas se hicieron para aquellos. La puerta, que está en el centro, vése guardada por dos columnas corintias, y en los adornos, caprichosos, follajes y detalles que se distinguen en toda la obra, nótase un gusto fino y delicado a la par que mucho ingenio. Es de lo más pu-

ro de la época del renacimiento y fué esculpido en 1564 por Pedro Vilar, de Zaragoza según el plan ideado por Bartolomé Ordaño.

Entre otros de los actos célebres que han tenido lugar en dicho coro, pueden citarse las siguientes: En 5 de Marzo de 1519 el Emperador Carlos V, entonces sólo Rey de España, celebró en el coro, capítulo general de la Orden del Toisón de Oro, único en España. A un lado se divisaba, en tal fiesta, un trono cubierto de terciopelo negro con dosel de lo mismo, representando al difunto Emperador Maximiliano I. Presidía en otro rico solio de brocado el Rey Carlos de España, y seguían en las demás sillas del Coro los caballeros de la Orden y los que entonces recibieron la augusta insignia.

Fueron estos Cristerno, rey de Dinamarca; Segismundo, rey de Polonia; Don Fadrique, duque de Alba; Don Diego Pacheco, Duque de Escalona; Don Diego Hurtado de Mendoza, Duque del Infantazgo; Don Iñigo Fernández de Velasco, Duque de Frías y Condestable de Castilla; Don Alvaro de Zúñiga, Duque de Nájera; Don Antonio Manriquez, Almirante de Castilla; Don Fernando Folch, Duque de Cardona; el Príncipe de Visiñano, del Reino de Nápoles; Don Estevan Alvarez Osorio, Marqués de Astorga; Pedro Antonio, Duque de Saint Mayr; Adriano Croy, señor de Beauraing; Jacobo de Lurimburgo, Conde de Guare y Fliberto de Chalois, príncipe de Orange.

Creen algunos que fué también en el Coro donde se instituyó en 22 de Julio de 1319 la Orden de Montesa; pero es equivocado, pues tal institución y ceremonia tuvo lugar en la Capilla real del palacio mayor...

Consérvase el coro de la Catedral de Barcelona con escrupuloso celo, digno de su valor artístico y de los recuerdos históricos que guarda.

Un drama en una cuartilla

El extraño caso de Andrés Lorena

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Tan vulgar fué, que no halló resonancia ninguna en la historia del Crimen. El minero Andrés Lorena, por unas pesetas de menos y unas copas de más, apuñaló a su compañero Gregorio López a la puerta de una taberna.

Fué condenado. Lo llevaron a un Penal. De él salió ya muy viejo. La Libertad le había costado casi toda la vida.

A los pocos días, volvió

—Señor director—dijo gravemente—vengo a rogarle que me deje vivir de nuevo en el Penal. Han sido tantos años, señor director, que fuera habría de matarme la melancolía.

El señor director le hizo ver la imposibilidad de acceder a su ruego. No obstante, le permitiría visitar la prisión cuantas veces quisiera. Así lo hizo Arturo Lorena, con diaria asiduidad. De pronto, desapareció. Al cabo de unos meses, volvía al Penal a cumplir una nueva condena, por un nuevo asesinato.

—Mire usted, señor director: lo que veníamos haciendo era una comedia—explícose—. Yo necesitaba vivir aquí, pero con todas las de la ley. Ahora, ni usted mismo puede echarme. Además, vuelvo a tener remordimientos. Usted no puede imaginarse, señor director, el goce infernal de te-

ner remordimientos. Yo, al cumplir mi primera condena, los había perdido estúpida-mente. ¡Y era un dolor señor, era un dolor, después de toda la vida de tenerlos!...

—Usted—dijo el señor director del Penal—es un loco, Andrés Lorena.

Y Andrés Lorena, fuera de sí, ante una contingencia que no había previsto, conminó:

—Estaré loco, señor director. Pero si por usted se sabe y me llevan de aquí, llevo el corazón! ¡No sé cómo, pero le parto el corazón, señor director!...

De nuestra juventud

La imaginación desbordante en los carteles taurinos y teatrales, pasando desde «Guerrita» al inventor del «Toreo Diabólico», y desde Pepe Gil a una pianola y a una funeraria

por RAFAEL MORAGAS

Por allá el año 1898, o sea el del desastre colonial, eran muchos los días en que no entrábamos en clase. Bastaba que en la dársena del puerto estuvieran anclados el «Pelayo», el «Vizcaya» o la «Numancia», para que tomáramos la firme resolución de no abrir un libro. No sabemos por qué la afición a la marina de guerra, la amalgamábamos a la taurina. En el patio de los Escolapios, y a la hora de recreo, cuando éramos colegiales, habíamos presenciado poner banderillas al quiebro a Carlos Urbez, marcarse unas verónicas al que hoy es abogado Félix Griera, o bien dar ceñidos pases de muleta al futuro doctor Joaquín Borralleras. En cambio, el actual presidente de nuestra «Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona», le daba por aprenderse de memoria el «Tenorio» y por interpretar «El puñal del godó», «El solitario de Yuste» y «San Hermenegildo o el triunfo de la Religión». Nosotros hemos visto, en el desaparecido Teatro Lírico, de la calle de Mallorca, desempeñar la parte de «Don Pedro» de «El zapatero y el Rey» a nuestro querido compañero Ignacio Ribera y Rovira, y la del «Capitán Blas Pérez» al doctor Gallego.

**

Por aquellas fechas, «Lagartijo» se había retirado, y «Espartero» había muerto de una cornada en la plaza de Madrid. El cetro taurino estaba en manos de Rafael Guerra. A nosotros, la verdad, las grandes corridas no nos entusiasaban tanto como las mojigangas. Nuestro ídolo eran el «Barbián», que era un mozo de limpieza de la plaza de la Barceloneta; el «Gordito», los novilleros «Murulla» y «Chufero»; los picadores «Amaré» y «Sabaté»; las «señoritas toreras»; el «Patata», y de un modo especial «el Hombre Forraje por partida doble», y el «Gran don Epifanio, inventor del toreo diabólico».

Esta invención—que solamente tuvo lugar en la plaza Vieja, una tarde, pues se armó un escándalo—consistió en lo siguiente:

En el despejado ruedo apareció, a los acordes de un pasodoble, el «Gran don Epifanio», ataviado con un traje de percalina roja y que recordaba en parte a «Mefistófele» y en parte al «Dimoni dels Pastors». Un empleado saltó al ruedo y le entregó una garrocha a Don Epifanio. En lugar de rematar en acerada puya la garrocha, terminaba con una mecha, a la que, en medio de gran sensación y de un silencio del público, se le prendió fuego.

El diabólico Don Epifanio, muy serio, saludó a los espectadores desde los medios.

Sonaron los clarines. Se abrió el chiquero y apareció un torete de largos y puntiagudos cuernos. Entre las astas llevaba, fuertemente sujeto, un cajón con las maderas pintadas rojamente.

Cuando el novillo se paró, «Don Epifanio» se adelantó al torete y se arrodilló frente al bicho. Alargó la garrocha y la encendida mecha, se colocó exactamente sobre el cajón que se destacaba en medio de la testuz del cornúpeto.

Un minuto duró aquello, e inmediatamente una horrible explosión atronó el espacio. El cajón—dentro había pólvora y metralla—al estallar destruyó la cabeza del toro, y éste moría con una agonía espantosa.

El público, que comprendió que el «inventor del toreo diabólico» era un perfecto salvaje, intentó linchar a «Don Epifanio», que costó Dios y ayuda a la guardia civil el salvarle de las iras de los espectadores. Mayor brutalidad que la de «el toreo diabólico» no recordamos haberla presenciado en nuestra vida en un circo taurino. Las atrocidades que «Llapisera, Charlot y su Botones» hacen con los toretes, son unos sencillos Juegos Florales, comparados con la fechoría que realizó el mamarracho de «Don Epifanio» aquella lejana tarde en la plaza de la Barceloneta.

**

Con Pedro Mensa, con quien mucho habíamos correteado por las calles de la ciudad, cuyos rincones sabíamos de memoria, hacíamos colección de anuncios y carteles pintorescos.

Recordamos haber leído en un cartelón de toros, lo siguiente:

«Presentación en esta plaza de la célebre cuadrilla de pescateros de la populosa barriada de la Barceloneta, con su afamado diestro «Paco Banderas» (a) «El Arriandata».—Banderilleros: «El Rababa», «El Bufa», «El Espelma», «El Schotis», «El Cuero», «L'Enrich» y «En Vicens».—Puntillero: «El Bandarra».

Es el mejor cartel de toros que hemos leído hasta la fecha.

**

Con los anuncios se han hecho cosas preciosísimas. Se da como cosa sabida en las cinco partes del mundo teatral, que en la cartelera de Eldorado, de la plaza de Cataluña, apareció una vez—y mientras en la ciudad llovía torrencialmente y cotidianamente—lo que a continuación va a leerse:

«Esta noche, a las nueve, en vista de la persistencia del tiempo, se pondrá en esce-

na la revista «El año pasado por agua». El cartel era obra del empresario, señor Molas y Casas.

Claro está que Pepe Gil, el inmenso «Chil» el empresario de más gracia que hemos conocido, es el autor de aquel sorprendente cartel del viejo Tivoli, que decía:

«Esta noche acudid al vergel del Tivoli, teatro sin humedad ni relente. Programa zoológico. «El ratón», «La gatita blanca» y «¡Al agua patos!»

Para copiar los carteles que dejó escritos e impresos «lo Chil», no bastarían todas las columnas de este extraordinaria de EL DIA GRAFICO. Aún nos parece ver la cara de asombro que pusieron Salvador Basseda, Domingo y Joaquín Mumbrú, Gassol, Rocafort, el abogado Trinidad Alemany, Paco Oller, Alejandro Soler, Morant, Millán y tantos otros, cuando leyeron aquel cartel tan estúpido que rezaba:

«Mañana sábado, a las cinco en punto de la tarde, ¡Gran Vermouth Nupcial en honor de los simpáticos esposos, artistas de esta compañía, Amada Alegre y Miguel Pedrola, que acaban de casarse esta mañana en la parroquia de Santa Madrona.»

**

Claro está que siendo muy grande la imaginación de Pepe Gil, o sea «lo Chil», no fué sola. Hará como cosa de diez años, leímos en un cartelón colocado en un solar madrileño, lo siguiente:

«Cine de don Eustaquio. Entrada general, diez céntimos. Sillas de preferencia, quince céntimos. Nota: Se consideran sillas de preferencia las que no están rotas.»

Y en un segundo piso de una casa de la calle de la Espada, travesía a la plaza del Progreso, nos fué dado leer una tarjeta pegada a la puerta, que decía tal como suena: «Eladio Ruíz, profesor de mus».

Cuando los famosos «Bailes Rusos», del barón Sergio Diaguilew, obtuvieron un éxito loco en el Real, la música rusa, desde Strawinsky abajo y arriba, se popularizó desde los conciertos de Arbós y Pérez Casas, a los quintetos de los cafés. Los rollos de pianola de la «Scherezade» se vendían a centenares.

En pleno apogeo ruso, apareció un cartelón colocado encima de una pianola de una botillería de la calle de Toledo, en el que pudimos leer:

«Chato de amontillado con tapa de salchichón y Adagio Cantáble de Tschaikowsky, ¡veinte céntimos!»

Pero lo más grande de todo fué el letrero de una funeraria del barrio del «va-piés», que se titulaba: «¡La última toilette!»

Las cosas mal hechas que salen bien

$$7 \times 7 = 47$$

por JUAN CARRANZA

La judería acude adonde brillan el oro, las sedas y las piedras preciosas. En Gibraltar refulge el oro, ciega la vista la perlería y brilla la seda. El oro circula de mano en mano, acuñado en esterlinas, Topacios, esmeraldas, zafiros, turquesas, rubíes, brillantes iluminan los escaparates de las joyerías con el rutilar de sus luces cambiantes. De las puertas de las tiendas le tejidos penden piezas de sedería que ofrecen al transeunte su bella policromía. Gibraltar es el único pedazo de tierra inglesa en que brilla el sol. Se ha dicho que los ingleses defienden con tanto interés la posesión de Gibraltar por el valor estratégico que ofrece el peñón para el dominio del Atlántico y del Mediterráneo. ¿Y por qué no creer que además de ese motivo estratégico existe también el interés del inglés por poseer un pedazo de tierra dorada?

La judería llena una gran parte del censo de la población. Vive la judería en Gibraltar en los alrededores de la plaza de la Bolsa. Por esta plaza cruzan las mujeres más bellas de Gibraltar. Son las hijas y las mujeres de los judíos. Los ingleses que son semitas ven transcurrir de plantón las horas en la referida plaza, contemplando el paso de la judería femenina.

En un bar inmediato a la plaza de la

Bolsa hicimos amistad con un judío. Haría un año que había llegado a Gibraltar procedente de Salónica. Sabedor de nuestra nacionalidad española nos hablaba en nuestra lengua. Trabajo nos costaba entenderlo. Aquel judío nos hablaba un castellano muy 1492. Hablaba como se hacía en España cuando se decretó la expulsión de los pertenecientes a aquella raza. Cuando tenía que soltar una palabra de las que llevan delante una hache, el judío pronunciaba una efe; así, en vez de decir hagamos, como diríamos nosotros, decía el judío fagamos. Lo mismo que hablaba el judío hablan unos miles de ellos en un barrio de Salónica. Son los descendientes de los que nuestros ascendientes expulsaron en un momento de injusticia.

No obstante el esfuerzo que nos veíamos obligados a hacer para poder entenderle, gustábamos de conversar con él. Un día se puso a explicarnos una cosa que había resultado bien porque había estado mal hecha, y al final agregó:

—A esto le llamo yo el $7 \times 7 = 47$.

—Y qué es eso del $7 \times 7 = 47$?—le preguntamos intrigados.

Repuso el judío:

—Verá usted. Cuando llegué a Gibraltar me dediqué a vender billetes de la Lotería Nacional española. El hecho de tener

que venderlos casi clandestinamente justificaba la elevada prima que tenían que pagar aquellos que me los compraban. Un día vendí un décimo del billete número 47 a un compatriota suyo, uno de esos que se dedican a contrabandear con las pastillas de tabaco «Flor de Mayo» y otras marcas gibraltéñas. Salió el 47 premiado con el tercer premio, y a las tres semanas me encontré con aquél a quien había dado la suerte.

—Estuvo usted acertado al escoger el numerito—le dije.

—Tenía que salir premiado—me contestó.

Ante mi extrañeza continuó:

—Sí, hombre, sí; tenía que salir premiado. Yo escogí el numerito porque con él podía realizar una combinación. Hacía siete días que venía soñando todas las noches con el número 7, y me dije $7 \times 7 = 47$. He aquí el numerito que me va a hacer rico. Supe que lo tenía usted para vender y por eso lo compré.

No quise decirle nada al afortunado mortal, pero pensé para mis adentros: —Si este hombre llega a saber multiplicar no le toca el tercer premio. Desde entonces siempre que una cosa mal hecha sale bien, digo que es el $7 \times 7 = 47$.

Las razas

NEGRO Y BLANCO

por RIBERA ROVIRA

Es posible que el Universo pueda asistir dentro de poco, desde su ventana de sol, al más formidable combate de ajedrez de todos los tiempos; a la lucha entre el blanco y el negro. Por lo menos así lo dejan entrever las noticias publicadas recientemente en los diarios extranjeros, y que yo acostumbro a recorrer todas las mañanas, recostado en mi poltrona abacial sorbiendo a pequeños sorbos lentos mi invariable café con leche.

Parece, según la apoteosis más negra que los negros de todo el mundo, como si hubiesen despertado sacudidos por los dedos de bronce de una mano oculta, resolvieron en un impulso de solidaridad, unirse, vestirse, imponerse, expulsar a los europeos del continente africano y tragar, en las grandes hojas de palmera que pueblan el desierto, la Biblia de su Derecho Público, bajo su fórmula más alegre: la democracia. E ir después por el mundo a conquistar la supremacía de la civilización que el blanco se atribuye.

Esta decisión de los negros merece toda nuestra simpatía. El negro debe ingresar en la «troupe» civilizada. Canta, baila, boxea también como el mejor blanco. Al negro no se le daba beligerancia. No se le admitía más que en el «jazz-band», en el boxeo y en el «music-hall». Un negro tocando el saxofón, boxeando o danzando una «maxixe», se comprendía y admitía. Fuera de eso, no. Poco a poco los blancos han empezado a ennegrecerse. Los más bellos trozos se han bronceado al sol de nuestras playas o a la acción de cualquier agua iodada. La Venus negra tiene adoradores entre los hombres blancos. Los bíceps de ébano se llevan la mirada azul de las mujeres rubias. De África pueden llegarnos grandes ejemplos,

Africa, llena de calor y de sed, entrará decididamente en la civilización fundando una República y creando un tipo de moda concorde con las exigencias de los tiempos. El descote y la falda corta, entre los blancos, han llegado al extremo límite. Reducirlos más, no puede ser: no hay precedentes europeos que lo justifiquen. Y sin un precedente en que apoyarse, no hay modo en el mundo capaz de acortar un centímetro una falda de seda que llegue a la rodilla. Es en el Africa donde hay que buscar los antecedentes. Allí la falda y el escote, han llegado a límites inverosímiles. Y desde el momento que el Africa entre en el concierto de los continentes civilizados, no hay razón para negarle el derecho de imponer la moda, por atrevida que sea, sobre todo si la moda negra tiene precedentes, en la limitación del vestido, en que apoyarse. ¿A ver quien se atreve contra la tradición zulú u hotentote? La tradición, en todos los pueblos y en todas las razas, es una cosa intangible, sagrada. Lo mismo la tradición blanca, que la tradición negra.

Y si es cierto, según afirman algunos sabios antropólogos, que la raza negra es una raza que ha degenerado, con más razón debe respetarse la tradición y las costumbres de los aborígenes, así en el indumento, como en todos los aspectos de la vida social africana. Claro que yo no soy de la opinión de los sabios. Mi opinión es la de un pobre ignorante que cree que la raza negra semejante a la de los pieles rojas, es apenas una raza que no se ha desarrollado todavía. ¿Estará a tiempo de civilizarse, aún? Creo que sí. Como creo también que el primero en no aceptar la civilización—por lo menos tal como la comprendemos los europeos,

una civilización de frac y de hongo, de caballos cortos, de escote corto y de falda corta—será fatalmente el negro.

La hipercivilización africana es apenas una concepción inmaterial de los negros, que, al viajar por la vieja Europa, se han dejado influir—¿y por qué no decirlo,—se han dejado envenenar por ella. A los demás negros, cuando les quieran imponer un «smoking» y un cuello alto, en nombre de la civilización y de la República, harán una revolución y exigirán la implantación oficial de la tanga o pabellón salvaje.

—Las civilizaciones son, cada vez más, si es posible, complicadísimos problemas de indumentaria,—me decía una amiga inteligente que cambia de «toilette» cada día.

En efecto, Europa es un vastísimo armario ropero. Los hombres de Estado son hoy, como siempre grandes sastreres de ideas, de teorías y de uniformes. Como Pompeyo Gener, nosotros exigimos todavía uniforme hasta para los filósofos. El negro anda desnudo. No hay leyes que le obliguen a vestirse. Además ¿qué blanco se atreverá a condenar su desnudez? ¿Es que entre nosotros no hay gente hipercivilizadas que van casi desnudas? Que respondan las mujeres con la mano en el corazón.

Además, la desnudez del negro, tiene la tradición y el clima que la abonan y justifican. En cambio la desnudez del blanco no la abona ni la justifica nada. En la lucha entre las dos civilizaciones—la del blanco queriendo vestir al negro y la del negro queriendo desnudar al blanco—el triunfo, positivamente será del negro. Tiene ya más de medio camino ganado.